

del santo obispo. Jamás hubo hijo mas dócil, ni ciertamente mas sencillo que Ligny. Enfarda al punto sus muebles, remítelos al lugar indicado, de donde se procuró sacarlos cuanto antes, y prepara todo lo necesario para el viage. Recibe poco despues otra carta, en que se le decia ser muy conveniente que partiese sin detencion, se le señalaba el camino que debía seguir, y se le recomendaba principalmente que viajase con toda comodidad sin perdonar gasto alguno, pues debía estar seguro del reembolso. Mas como nada podia causar tanto placer á este hijo como el abrazar por fin á su amado padre, se le afirmaba que lo encontraria en Carcasona, ciudad cercana á la tierra feliz que le habia prometido, cuyo nombre permanecia siempre oculto como un misterio. El viage era largo, y el misterio aun mas sospechoso; pero Ligny estaba armado de un valor y de una docilidad á toda prueba, tanto mas cuanto el término del viage le prometia tales dulzuras, que hacian desaparecer todas las zozobras y padecimientos.

Debía descansar en Carcasona en casa el decano de la catedral, para quien se le habia dado una carta, y el abad de Valle-Dieu (así le habia dicho su buen padre que le llamaban en el país; mientras que en Flandes era llamado Santa Cruz y Pui-Laurent en París), y su amado padre bajo el nombre de Valle-Dieu, debía ir á llevarle consigo de casa el decano para conducirlo al santo obispo indicado que le esperaba con impaciencia. Preparado todo de esta suerte, el bachiller Ligny dá el último y tierno á Dios á

sus amigos aunque sin comunicarles su secreto, emprende el camino, supera con invencible constancia las incomodidades del largo viage de Douai á Carcasona, y va á descansar con igual seguridad á casa del decano de esta capital. Preséntale á primera vista su credencial concebida en estos términos: „Señor: el dador es el eclesiástico que viene de tan léjos para servir á nuestro santo obispo. Seria necesario recorrer todo el mundo para encontrar un hombre de su mérito, de su virtud y de su erudicion. Es enemigo capital de los jesuitas, es nuestro cual el que mas; admite las cinco proposiciones de Jansenio; sabe que este santo prelado fue condenado por una conspiracion; en una palabra, es un hombre capáz de inspirar á toda la diócesis los sentimientos de Mr. Pavillon, de santa memoria. Dadle, os ruego, alojamiento en vuestra casa, y todo el dinero que necesite, hasta que vaya yo á conducirlo en mi carroza al lugar de su destino. Soy &c. = Santa Cruz.”

Cualquiera puede imaginar cual seria la sorpresa del dean que no entendia palabra de aquel embrollo. La del viagero fue aun mayor, y no fue menos graciosa la acogida que se le hizo. Reconoció en fin, aunque demasiado tarde, que se le habia engañado. A pesar de su incomparable dolor, debió reprimir sus lágrimas y pensar solamente en el regreso. Entretanto advertia el supuesto Arnaldo á los burlados confidentes de Ligny que estuviesen alerta. Manifestáales que un pérfido doméstico le habia robado sus cartas, sus papeles y una porcion de sus libros; que

no dudaba que este ladrón, el más infame de los hombres, descubriría su secreto y trataría de hacer fortuna á espensas de su amo; que les aconsejaba esconderse por algún tiempo, hasta ver que giro tomaba el negocio, porque se obra siempre mejor gozando de libertad que consumiéndose en una prisión, donde se pasan años enteros sin lograr audiencia. No consternádoles esta carta tanto como quería el fingido Arnaldo, les hizo saber por otra, que sus primeros temores eran sobradamente fundados; que el ladrón doméstico había ido á la corte llevando sus cartas y papeles, los que fueron examinados y en los que se encontraron cosas horribles contra la religión.

Poco después de esta catástrofe, salió á luz un escrito con este título: *Carta de un doctor de Douai sobre los asuntos de su universidad*. Contenia este escrito las famosas tesis, con sus aprobaciones y los nombres de los que las habían aprobado, y los fragmentos de sus cartas, las que se imprimieron después con este lema: *Secretos del partido de Arnaldo poco ha descubiertos*. Sin embargo, no cayó aun el velo de sus ojos. ¡Tanto se habían dejado ofuscar! Fue preciso que el que lo había tendido lo recorriese por su propia mano. Cuando supo el verdadero Arnaldo lo acontecido, se lamentó con espantosos gritos al obispo de Arras, al Príncipe de Lieja, y escribió dos cartas llenas de injurias contra los jesuitas, á quienes acusaba de haber al menos dirigido la trama, si no la habían urdido. Trataba al autor, cualquiera que fuese,

de impostor, de embustero, de doloso, de falsario, de malvado, de infame, de ángel de Satanás y de órgano del demonio. Representaba á los ya descubiertos novadores como corderitos inocentes, víctimas de su propia inocencia. No era necesario que publicase su simplicidad, pues era muy palpable; pero no era menos evidente que estos teólogos que se decían tan buenos y tan sencillos, se burlaban de todas las decisiones de la Iglesia, y sostenían en su corazón la doctrina que querían hacer pasar en público por una quimera ó un fantasma.

El fin que se había propuesto el autor de toda esta comedia, no había sido solamente dar al público un asunto de risa, ni menos proporcionar ocasión á clamores y libelos. Desde que salió á luz la *carta de un doctor de Douai*, citó esta universidad á los miembros suyos mencionados en el escrito, para saber si concordaban los hechos con las noticias. No pudieron éstos alegar otra disculpa en su favor, que decir, que los fragmentos publicados de sus cartas tendrían un sentido menos reprehensible, si se hubiesen publicado las cartas por entero y se leyese junto todo el contexto de ellas. Mas para quitarles ó inutilizarles esta defensa, el supuesto Arnaldo entregó todos los originales á una persona abonada para que los mostrase á todo el que deseara verlos. El obispo de Arras fue uno de los curiosos, y quiso al parecer, en calidad de juez de la doctrina en su diócesis, apoderarse legalmente de estos papeles, lo que obligó al fingido Arnaldo á enviarlos á París. Pasó él mismo á esta

ciudad de allí á poco, y presentóse al Rey que estaba informado de toda la trama, y que la miraba como un ingenioso ardid de guerra. Examinado el asunto, mandó el Monarca entregar todos los papeles interceptados en Douai á los teólogos de la Sorbona y á los de Navarra, para que averiguasen si se enseñaban en ellos los errores condenados por Inocencio X y por Alejandro VII. Los profesores, despues de una discusion que duró cerca de dos meses, declararon (1), que dichos escritos contenian formalmente la doctrina de las cinco proposiciones de Jansenio, é impugnaban con términos inícuos é injuriosísimos las constituciones de los Papas. El castigo siguió de cerca á la sentencia: Gilbert estaba ya desterrado en San Quintin, á Laleu se le señaló por destierro la ciudad de Mans, á Rivette la de Coutance, á Ligny la de Tours, y la de Saintes al canónigo Malpaix. Dos hermanos de Rivette y el cura Malpaix, hermano del canónigo, fueron estrañados de todo el reino. Así terminó esta farsa, que hizo reir, escepto á aquellos que habian dado el motivo, y fueron su objeto.

32. Por este tiempo se emprendió una negociacion muy séria en favor de la Religion, que no tuvo al fin ningun efecto. Se habia intentado muchas veces, y siempre en vano, conciliar las discordias de religion y pacificar los disturbios que causaban en Alemania. Habiendo practicado algunas diligencias con los ministros protestantes el obispo de Neustadt, á consecuencia de las nuevas deliberaciones de las dietas

(1) *Parecer. doct. de los prof. 6. Diciem. 1691.*

sobre este punto, adoptó el proyecto con mucho ardor el Emperador Leopoldo, y sostuvo con su autoridad al prelado mediador. En el año 1691 le espidió un rescripto, que le daba ámplias facultades para tratar de los asuntos de religion con todos los estados, comunidades y particulares de su dependencia. Autorizado el obispo en esta forma, trató por espacio de siete meses con Molano, director de los consistorios del país de Hannover, que habia sido elegido entre los teólogos protestantes para conferenciar con él. Poco despues logró que entrase en esta negociacion el sábio obispo de Meaux.

Dicen que hubiera podido tener buen éxito, á no haber sido por los embrollos de Leibnitz, el cual se mezcló en esta controversia con miras mucho menos pacíficas que las de Molano. Es verdad que éste dió siempre á entender que tenia intenciones rectas, y deseaba sinceramente la reunion; ¿pero cuál era su plan? Quería Molano que se principiase reuniéndose condicionalmente, y que despues se conviniese en los dogmas de fe. Bossuet prometia que en los puntos de disciplina usaria la Iglesia con los protestantes reunidos de todas las condescendencias que unos hijos enfermos, pero sumisos, podian esperar razonablemente de una madre tierna; pero firme en nuestros principios queria que reconociesen ante todas cosas el dogma de la infalibilidad de la Iglesia: que despues examinasen de buena fe lo que ésta cree y lo que reprueba, y que en consecuencia arreglasen bajo estos fundamentos los artículos de la confesion de

Augsburgo, modificándolos por vía de esplicacion para evitar la vergüenza de una retractacion formal. Después de esto debian volver á juntarse, á fin de hacer el concilio de Trento ecuménico con respecto á ellos, autorizándole con sus votos. ¡Qué enorme intervalo dejan entre los dos partidos unos proyectos tan distintos! La fe es inmutable por su naturaleza: la herejía lo es tambien por su obstinacion. ¿Pues cómo han de conciliarse sin destruir una ú otra? En todas las negociaciones de esta clase, lo menos malo que ha sucedido siempre, ha sido perder el tiempo.

En las obras póstumas de Bossuet se han recogido todos los escritos relativos á este asunto, con la esperanza (dice el editor) de que podrá algun dia entablarse de nuevo bajo el mismo plan, y terminarse felizmente, si han llegado los momentos de Dios. Si el editor es profeta, será esta la primera profecía de este género que tenga cumplimiento.

33. La Providencia proporcionó un nuevo testimonio, así de la perpetuidad como de la catolicidad de la fe romana, contra los sectarios que no querian volver á abrazarla. En estas circunstancias, Calínico, patriarca de Constantinopla, aprobó sinódicamente la confesion de su predecesor Partenio acerca de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, y condenó los escritos del logoteta Juan Cariófilo, que con pretesto de proponer algunas dificultades sobre la palabra *transubstanciación*, parecia establecer unos errores conformes á los del antiguo patriarca Cirilo Lucar. Así los griegos, á pesar de su aversion á la

iglesia latina, hacian justicia al concilio de Trento, que habia adoptado este término sacramental. Calínico era el segundo patriarca de Constantinopla que levantaba el grito contra las novedades contrarias al dogma de la real presencia, además de los obispos de las otras grandes sillas del oriente, que manifestaron la misma unanimidad en este punto de creencia. ¡Tan profundamente estaba grabado en el corazon de todas las naciones cristianas!

34. En el discurso del año siguiente 1692, dispuso el cielo un acaecimiento aun mas glorioso, é incomparablemente mas ventajoso á la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuya entrada se hizo libre á la mas numerosa nacion que hay en el universo (1). Hasta entonces el imperio de la China, donde se cuentan mas de cien millones de almas, habia estado cerrado, en virtud de leyes que se reputaban fundamentales, á todas las religiones estrangeras. La Religion cristiana sobre todo estaba severamente escluida de un imperio, en que procuraban conservarse las potestades infernales como en su patrimonio mas floreciente. Habia excepciones tácitas á favor de los mahometanos y de las sectas mas estravagantes y perniciosas; pero aunque existian en el imperio muchos cristianos, y aun cristiandades considerables en varias provincias, no se cesaba de inquietarlos, se los perseguia ya en un parage, ya en otro, y todos los dias se veían amenazados de una proscripcion universal.

(1) *Hist. del edict. del Emp. Cham-hi, á fav. del cristianismo, t. 3. de las Mem. de la China.*

Aumentóse mas que nunca este peligro á causa de la profunda malicia y del poderoso influjo de Tcham-Tein-yun , virey de la provincia de Chekiam. Era éste un malvado de primer orden , que bajo un esterior modesto , y aparentando virtud , ocultaba unas pasiones violentas. Se habia grangeado el aprecio del Emperador , porque siendo gobernador de una ciudad pequeña se portó con mucho desinterés , persuadido de que esta conducta le elevaria á los primeros empleos , donde podria indemnizarse muy bien de lo que le habia costado su reputacion. Un hombre de este carácter no podia amar al cristianismo ; y por otra parte tenia un interés , nacido de orgullo , en declararse contra esta religion. Habiendo mandado hacer un ídolo el tesorero general de la provincia , para que les diese agua en una gran sequía , convidó al virey á la inauguracion de la nueva divinidad , y á que le ofreciese el primer incienso. Como el virey se preciaba de ser de la secta de los sábios y de los filósofos , que siguen una especie de deísmo que profesan el Emperador y los mandarines , estando reducida la idolatría al orden popular , respondió en tono de orgullo y de mofa , que él no pedia á unos dioses que nada podian dar. „Ya os entiendo , respondió el tesorero ofendido : ese es decir que sois cristiano.” Por mas que quiso defenderse de este cargo el virey , fingieron que no le creian , y se burlaron de él mas de una vez : lo que le indispuso en tales términos contra los cristianos , que resolvió acabar con ellos.

Luego que creyó estar consolidada su autoridad,

les movió una persecucion que pareció efecto de casualidad , y era obra de una meditacion profunda , y egecucion de un designio concertado mucho tiempo antes. Las providencias dadas no era fácil que fallasen , porque eran indirectas , y se habia procedido en ellas con mucho sigilo. Tenia poderosos amigos en la córte , y en las provincias debian sostenerle con su valimiento , y aun en caso necesario con su dinero , los partidarios del deísmo y del ateísmo , del mahometismo y de la idolatría. Veamos cómo tuvo principio la ideada maldad , aparentando siempre que era un acontecimiento casual.

Un cristiano de la ciudad de Lingan riñó por desgracia con un pariente suyo que era idólatra. Quejóse éste inmediatamente al gobernador de la ciudad , y acusó á su pariente de que profesaba la religion cristiana. Estimulado el gobernador , segun todas las apariencias , por los emisarios del virey , hizo comun á todos los cristianos la causa del acusado ; trató al cristianismo de secta perniciosa , imprimiendo carteles para esto , y prohibió que le profesase ninguna persona de las que estaban sujetas á su jurisdiccion. El padre Intorcetta , jesuita siciliano , y uno de los misioneros que tenian mas esperiencia de las cosas de la China , previó desde luego que aquella chispa iba á causar un incendio general. Como vivia en Hamcheou , capital de Chekiam , donde gobernaba una de las iglesias mas florecientes de la mision , fue á buscar al gobernador de quien dependia el de Lingan que se mostraba inexorable , y no omitió ningun medio

de cuantos le parecieron propios para sofocar el asunto en su origen. Estaba urdida la trama entre todos los oficiales de la provincia, adictos al virey; y así, no solo fueron inútiles los esfuerzos del padre Intorcetta, sino que fue él mismo comprendido en la causa, como también el padre Alcalá, religioso de Santo Domingo, con pretexto de que había ido desde la provincia de Canton á establecerse en la de Chekiam sin tener orden para ello. El misionero jesuita se hallaba en el mismo caso que el dominico, tomando las cosas con rigor, en cuyo punto no hay gente mas rigurosa que los chinos. Esta nacion, á pesar de que su ódio es implacable, no recurre, para saciarle, á la crueldad que la estremece y no es de su gusto; pero los enredos de un chino le bastan y aun le sobran para satisfacer su pasion. Ningun otro pueblo les iguala en este arte, y pueden ellos ser maestros de todos los del mundo.

Los padres Alcalá é Intorcetta tuvieron que comparecer en todos los tribunales infieles, y se presentaron con el mismo espíritu con que lo hicieron antiguamente los Apóstoles en la sinagoga, esto es, llenos de alegría por tener que padecer oprobios por el nombre de Jesucristo. El primer designio del virey era derribar la iglesia de su capital, pues la miraba como el triunfo y el mas bello trofeo del cristianismo en la China. En efecto, era la mejor y la mas hermosa de toda la China, pues aunque el edificio no era tan grande como la mezquita principal que tenían los mahometanos en la misma ciudad, era mas regular,

y estaba mucho mejor adornada. Tenia una nave principal y otras dos mas pequeñas con tres altares, y un riquísimo pavimento en toda su estension. Brillaban por todas partes el oro y el lapis-lazuli, embutidos sobre un barníz mas terso que un espejo. Pero lo mas precioso que contenia para los neófitos, y lo que mas incomodaba al virey, era una série continua de cuadros instructivos, copiados de los buenos modelos de Europa. Representaban la vida de Jesucristo desde el nacimiento hasta la ascension, los misterios de María santísima, los doce Apóstoles, los cuatro Evangelistas y los otros Santos mas célebres, las cuatro postrimerías del hombre, y los hechos mas notables, así de la historia sagrada como de la eclesiástica.

El padre Intorcetta, con la fuerza de sus razones y con todos los recursos de una habilidad poco comun, defendió este augusto monumento, preservándole de los atentados del perseguidor. Por mas adictos que fuesen al virey los oficiales de los tribunales subalternos y numerosos por donde debia pasar sucesivamente el asunto, encontró en ellos una repugnancia ó un temor que nunca pudo vencer. Hallaron que sus procedimientos eran contrarios á lo prevenido por las leyes y á las costumbres del país; y no quisieron arriesgar sus empleos por satisfacer la pasion de un político, que en caso de que la córte reprobase aquella empresa, no dejaria de justificarse personalmente manifestando sus sentencias. En efecto, hubiera sido una audacia estremada y una temeridad visible hacer una injuria tan atróz á una religion protegida en